

su poesía: es justamente «nuestra espalda» de seres erigidos, la terquedad de la presencia del hombre en el horizonte, lo que constituye el eje del mensaje poético. La afirmación de la existencia está en la base del canto, un canto que, con el tiempo —y se lo ve en versos de los últimos poemarios— expresa la conformidad con la vida: «Qué bueno fue cada minuto bueno...» o reproduce, como se lee bajo el título «Sonidos, furia» de palabras dedicadas a Roberto Alt, el eco de la vida. Todo se vuelve melancólica y profunda comprensión en el remansado diálogo con el hijo de «Descubrimiento de la adolescencia», poema en el que las generaciones se dan la mano a partir de la experiencia común, a partir del mismo canto.

La mujer como centro del amor es tema persistente desde los primeros poemas. Sensualidad profunda se explaya en los versos de «La muchacha de las Islas Canarias», que es también exaltación de un sentimiento que persiste. Sobre «la evidente necesidad de amar», para sobrevivir, para afirmar la vida, se desarrolla en otro poema una reiterativa exhortación que, además de dirigirse a los otros, se vuelve sobre sí misma.

El impulso constructivo se hace patente en los dísticos de «La casa»: voluntad de poesía y de vida trasunta el enunciado: «yo levanto una casa», frente al silencio, frente al horror, frente a las dudas... Similar empecinada afirmación, aunque en un ámbito más grande, en la patria, inspira el poema «Pasar la noche», que también va desarrollándose de dos en dos.

Da Rodolfo Alonso a su lenguaje poético distintas estructuras rítmicas: ya la serie de líneas breves que, como en «Canto hondo», presentan una sucesión de imágenes de la más concisa manera; ya el movimiento prolongado de versos amplios que, en «El paseo», sugieren la inmensidad del mar; ya las tres distintas miniaturas cordobesas, una de las cuales, la dedicada al espinillo, amolda sus imágenes a escueta prosa.

El tono contenido, la intensidad lírica y la sobriedad de la estricta selección dan a esta antología un valor perdurable.

Es, por cierto, oportuna la reseña biográfica ofrecida al final del libro, porque por ahí andan transcritos poemas de Rodolfo Alonso en manuales que erróneamente informan, por ejemplo, que no nació en Buenos Aires, sino en México. Y entre los datos aportados por esta cronolo-

gía de la vida se destacan aspectos referidos a la sólida formación del poeta, también asiduo traductor de lírica extranjera: nombres como los de Salvatore Quasimodo, Eugenio Montale, Dino Campana, indican una orientación literaria.

Oscar Caeiro

La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí. José Olivio Jiménez. Valencia, Ed. Pretextos, 1993, 306 páginas

Se cumple casi un siglo de la muerte de José Martí (1853-1895) y aún hoy su persona y su obra continúan sorprendiéndonos por la honda comprensión y por las soluciones que aportó a los problemas de su tiempo, así como por su vívida contemporaneidad: y es que sus diagnósticos y sus respuestas siguen siendo valederos para esta realidad nuestra tan poblada de inmensas preguntas. Martí, en efecto, es uno de los más decisivos iniciadores de la modernidad literaria en el mundo hispánico, y hoy, cuando la modernidad misma —en el más amplio sentido— parece entrar en su crisis más aguda, la obra del maestro sigue iluminando nuestro horizonte humano y literario.

Durante casi un siglo se han sucedido sin cansancio las indagaciones en la vida, en el pensamiento y en la obra de Martí. A pesar del catálogo innumerable de tales estudios, gran parte de ellos han sido necesarios e imprescindibles. Ahora, uno de los más señeros especialistas martianos, José Olivio Jiménez, emprende una concienzuda revisión de la prosa y del verso del cubano; y lo que nos ofrece, bajo el título de *La raíz y el ala...*, es un trazado riguroso y deslumbrante del perfil existencial que se halla presente en todos los escritos del maestro. Al leer este libro, he de reconocer que se me ha desvelado todo el valor germinal que posee la escritura martiana no sólo con respecto al modernismo, sino en relación a todo el pensamiento y la literatura hispánica del siglo XX. Martí, desde casi un siglo de distancia, se nos torna así en un íntimo confidente dispuesto a resolver nuestras inquietudes más actuales.

Y ello es así porque Jiménez ha penetrado, a través de la obra en prosa y en verso, en el centro del espíritu del gran escritor cubano: y en él ha descubierto el incesante dinamismo entre la analogía y la ironía, entre el *ala* y la *raíz*, que animan todo el quehacer poético de nuestro autor. Su vibrante dialéctica existencial apunta constantemente a estos dos polos: desde la experiencia fragmentaria del vivir cotidiano, originada por la acción destructora del hombre (la ironía), Martí nunca llega a claudicar en el nihilismo, sino que su alma, impulsada por el dolor, el amor y el deber, acomete la conquista de la armonía espiritual, que a su vez le permite contemplar la armonía del universo (la analogía, es decir, la correspondencia esencial entre todos los seres aparentemente diversos del cosmos). Basándose en los conceptos de la analogía y la ironía, que Octavio Paz definió como los dos estados en que oscila el espíritu desde los primeros románticos hasta nuestros días, José Olivio Jiménez ha analizado esta compleja dialéctica en una amplia gama que incluye los escritos más representativos de Martí.

En primer lugar nos ofrece una lectura existencial del célebre «Prólogo al *Poema del Niágara*», destacando la íntima fusión entre poesía y existencia, entre su lucha vital (su historia concreta) y la tensión espiritual que ésta genera en su literatura. Seguidamente realiza un análisis semejante sobre uno de sus poemarios capitales y existencialmente más complejos, los *Versos libres*. Como exponentes de esa lucha enconada entre la ironía y la analogía, Jiménez dedica un ensayo al simbolismo recurrente de la *máscara* y los *restos* en la obra de Martí, y otro ensayo al simbolismo y al valor existencial del día y de la noche, que determinan una distinta percepción del mundo y una disposición del espíritu también diferente.

En la segunda parte de este sustancioso libro Jiménez ahonda en la dialéctica existencial que anima las crónicas martianas, al tiempo que señala los rasgos de este género en nuestro escritor y el valor excepcional que poseen sus crónicas en la forja de la prosa artística en castellano.

Un ensayo ampliamente revelador se añade en este libro, bajo el título de «José Martí a las puertas de la poesía hispánica moderna», donde Jiménez señala el entronque martiano que, implícita o explícitamente, se observa en las diversas poéticas hispánicas del siglo XX. Como apéndice, se nos ofrece un estudio riguroso que coteja los distintos temperamentos de Martí y de Rubén Darío ante la captación de la armonía universal.

Después de leer todos los apartados del presente estudio, he reparado en aquella afirmación que Octavio Paz expuso en *Cuadrivio* sobre los modernistas hispánicos, cuyo «nihilismo —según él— fue más vivido que asumido, más padecido por la sensibilidad que afrontado por el espíritu». No le falta razón a este profundo juicio. Ahora bien, el concienzudo análisis de Jiménez nos convence de que Martí afrontó con el espíritu la precariedad de la existencia humana. La ironía en él no fue sólo un dolor para la sensibilidad, sino una meditación paciente de su intelecto y un constante motivo de lucha para su espíritu. De ahí proviene, en gran parte, la vigencia y la actualidad de Martí, y de ahí procede el interés de esta obra de José Olivio Jiménez, que por su modo de exposición y por la calidez humana de su estilo nos hace aún más apasionante su lectura.

Carlos Javier Morales



Los libros en Europa

El problema filosófico de la historia de las religiones. Xavier Zubiri. Presentación de Antonio González, Alianza, Madrid, 1993, 404 páginas

Incluye este volumen el texto de los cursos dictados por Zubiri en 1965 y 1971 y que, no por casualidad, pueden sintetizar panorámicamente todo su sistema, con la ventaja de ser escritura para ser oída. Ello aligera bastante la exposición, si comparamos estas lecciones con los libros «escritos» por el filósofo.

Zubiri nos plantea una visión realista, sustancialista y, obvio parece añadir, neoescolástica, del mundo. Dios es anterior a la Creación, el mundo es real e inteligible, la realidad del mundo se nos impone y en ella reconocemos la impronta de la deidad, o sea que Dios está al principio y al final, en el origen y en la ultimidad, en la superficie del mundo y en el interior del corazón humano, donde Su Voz encuentra los ecos pertinentes.

En definitiva, la realidad sirve para que lleguemos a Dios, para que aceptemos que es uno solo y que no puede haber, en consecuencia, sino una sola religión verdadera, hacia la cual propenden las demás. Estamos viendo ese punto de aproximación teológica, previo a la unificación del mundo religioso bajo el pabellón del cristianismo.

La filosofía de Zubiri nos llena de seguridades: somos siempre el mismo sujeto que está siempre ante el mismo mundo, ambos creados por el mismo Dios. Nuestra inteligencia y nuestro lenguaje nos permiten acceder a

esta unidad de lo real, que somos y no dejamos de ser nunca. He aquí un ejemplo de pensamiento fundado, sistemático, completo y, por otra parte, concluso y «fuerte». A pesar de sus tautologías, su dogmatismo y, finalmente, su fundamentalismo, y a favor de todo ello, Zubiri nos propone una nueva consolación por la filosofía, la que proviene de la ortodoxia, la robustez de todo lo existente, su univocidad y, por fin, su carácter institucional. Los hombres acabaremos siendo, todos, fieles de la misma iglesia, la única verdadera del único Dios verdadero.

Ensayos filosóficos. Bertrand Russell. Traducción de Juan Ramón Capella, Altaya, Barcelona, 1993, 236 páginas

A pesar de su confeso y a veces ingenuo empirismo («cuanto más tosca es una filosofía más cerca está de ser verdadera», se puede leer en la página 191), Russell no dejó nunca de especular y de tocarse con zonas —la emoción, el espíritu, el sentido— que escapan a cualquier consideración meramente empírica. También puede concluirse que su razonamiento parte de la crítica de la obiedad, siendo ésta el fundamento de toda filosofía, la proposición indemostrable, improbable, insumisa a todo experimento y, por tanto, ajena al control empírico.

Temas variados se tocan en esta miscelánea. Hablando de ética, Russell nos exige considerarla una ciencia, cuyo objeto es la verdad de la conducta justa. Si, en principio, el fenómeno ético es una emoción (la que aprueba un acto), el acto justo es el probablemente más afortunado, el más prudente y, en consecuencia, algo objetivo. La moral es subjetiva, afectiva, pero la justicia (*Rightness*, rectitud, ajuste a la norma) es objetiva y debe cumplirse en bien de la generalidad, aunque exija sacrificar intereses o preferencias personales.

El mismo afán científico mueve a Russell a pensar en la historia como una ciencia que habrá de constituirse, a partir de que el pasado, lo muerto, es lo único real. Estas propuestas, de cuño positivista, entran en conflicto con la historiografía contemporánea, pero, tal vez, permitan reformular a Russell: la ciencia es el fantasma de la historia, como el pasado es el fantasma de la realidad.

El grueso del libro recoge dos polémicas: las objeciones a Henri Poincaré, en *La ciencia y la hipótesis*, y las reservas ante el pragmatismo de William James, sobre